

LÍNEAS DE DISCURSO AMC
REUNIÓN DE COORDINACIÓN GENERAL
COPPPAL
MAYO 7, 2026

Compañeras y compañeros:

Es un gusto, como siempre, tener la oportunidad de saludarlos, ahora con motivo de esta Reunión de Coordinación General.

Nos toca reunirnos en tiempos complejos para nuestra América. Asistimos a profundos e inestables procesos de reacomodo geopolítico global y lo hacemos en condiciones de debilidad generalizada.

Son muy pocos los países hermanos que pueden afirmar que arriban a este proceso de cambio planetario, no visto en 100 años, en condiciones de fortaleza política, económica y social.

La mayoría de nuestros países transitan por estos procesos con estados debilitados, economías inestables y sociedades desesperanzadas.

Sufrimos una circunstancia que nos condena a ser meros espectadores, subordinados a las decisiones que se tomen en los principales centros de poder.

Comparados con la presencia geopolítica que varias naciones de Medio Oriente, Asia e incluso África han venido adquiriendo en su calidad de potencias medias regionales, la mayoría de nuestros países han dejado de jugar un rol de relevancia ante los actuales desafíos planetarios.

Es claro que, en este contexto, marcado por el derrumbe de los pactos de la posguerra, nuestra América se sitúa como un espacio de la disputa global pero cuenta con pocas fortalezas para encarar ese destino.

Se encuentra impelida a pertenecer, con urgencia, a alguno de los nuevos bloques en conformación, que tienen como eje a los Estados Unidos, China, la Unión Europea o Rusia, toda vez que a lo largo de muchos años no fuimos capaces de reunirnos en un bloque propio.

Una urgencia que, por cierto, curiosamente tiende a asumirse ideológicamente, cuando en realidad se trata de un transcurso geopolítico de intereses descarnados, que exige hacerse un cuestionamiento fundamental: ¿queremos formar parte de alguno de esos bloques en condiciones de países soberanos o lo haremos como colonias?

Una pregunta cuya respuesta está en función de la fortaleza que hayamos podido imprimir a nuestros Estados, a nuestras economías y a la cohesión de nuestras sociedades, en este muy poco tiempo que tenemos por delante.

De ahí que nuestra querida COPPPAL, en su calidad de organización de partidos políticos, esté obligada a contribuir de manera desatacada a la conformación de esa respuesta.

Lo cual implica hacernos cargo de la situación del sistema de partidos en América Latina y el Caribe que, en general, sufre de una crisis estructural de representación, estrechamente vinculada con la calidad (o el deterioro) de la democracia.

Un fenómeno que no es uniforme, pero que sí permite visualizar la existencia de patrones regionales bastante claros y extendidos.

La región perdió el predominio de los sistemas de partido estables que existieron a lo largo del siglo XX, constituidos por sistemas institucionalizados, bipartidistas, e incluso de partidos hegemónicos.

Ahora tenemos sistemas de partido que sufren de una fragmentación extrema, caracterizados por un exceso de partidos débiles y volátiles, que dificultan la generación de mayorías legislativas y crean ingobernabilidad.

De manera concomitante, asistimos al colapso de partidos tradicionales, sin sustitución.

Los partidos históricos pierden identidad, base social y capacidad organizativa, y son reducidos a *vehículos electorales* que abandonan sus estructuras ideológicas, para reforzar la frivolidad que vive la política.

Esta última se vacía de contenido y, por tanto, de liderazgo ante ciudadanías que demandan rumbo, sin obtener respuestas.

Lo anterior abre la puerta al surgimiento de liderazgos personalistas, cobijados en las distintitas manifestaciones del populismo autárquico que corrompe nuestras instituciones.

Se abandonan plataformas y programas, y se subordina la vida pública a la aleatoriedad carismática del individuo empoderado.

La ciudadanía se desencanta cada vez más y ejerce, de manera reiterada, un voto de castigo.

Se favorece la volatilidad electoral, así como la pérdida de apoyo a los gobiernos constituidos, y se conforman sistemas políticos poco institucionalizados y, por tanto, impredecibles.

Desde luego que este panorama, compañeras y compañeros, nos obliga a preguntarnos cómo y por qué llegamos a esto.

En primer término, debemos asumir que la corrupción sistemática que sufrimos ha erosionado la legitimidad de los partidos y propiciado la **captura del Estado**.

En sociedades muy desiguales y excluyentes, como las nuestras, amplios sectores sociales no se sienten representados por las élites políticas.

La acción del crimen organizado y su amplia cauda de violencia, agrava la situación.

El financiamiento ilícito en sistemas institucionales con pocos controles, da lugar a la coerción, afecta la competencia política y consolida la captura.

La posmodernidad también ha inducido la caída de identidades ideológicas fuertes, faros de otros tiempos, hasta convertir a la política en una maraña de comunicación, redes y espectáculo.

A este cuadro debemos añadir la debilidad organizativa interna de partidos sin cuadros, sin formación política y sin renovación generacional.

Finalmente, la creciente debilidad partidaria relatada desemboca en un punto central: el estatus de los sistemas de partido y la salud democrática de los Estados, guardan una significativa correlación.

Tenemos democracias formales de baja calidad, que padecen de baja confianza institucional y exigua eficacia gubernamental.

Una alta proporción de la población, cercana al 50% rechaza a los partidos políticos y más del 50% se siente insatisfecho con la democracia.

Se acepta la democracia como ideal, pero se rechaza en su práctica real, creando un mundo magnífico para la germinación de los populismos autoritarios.

Cuando los partidos fallan los ciudadanos buscan soluciones *rápidas*, mismas que aumentan su tolerancia hacia la concentración del poder y al debilitamiento de contrapesos.

Estas cuestiones terminan por destruir las democracias y debilitar más a los Estados.

En síntesis, compañeras y compañeros, el debilitamiento de nuestros sistemas de partido, en particular bajo el nocivo tamiz del populismo que se generaliza, incrementa la confrontación, alienta la polarización y el conflicto institucional.

La fragmentación partidaria aviva el conflicto social, impide el acuerdo y propicia las crisis políticas recurrentes.

La desintermediación política estimula la protesta social que, huérfana de partidos que la canalicen, induce que movimientos espontáneos tiendan a sustituir a la representación formal.

Asumamos que los sistemas de partido son la columna vertebral del Estado democrático de derecho, sin su intermediación se bloquea la representación de intereses, se impide la agregación de demandas, se debilita la gobernabilidad y la democracia se vacía de contenido.

En esta materia nuestra América, compañeras y compañeros, no sufre una crisis coyuntural, porque padece un fuerte deterioro político que amenaza con ser terminal.

Al pasar de democracias de partidos a democracias de líderes, redes y opinión pública fragmentada, se provoca un cada vez mayor quebranto institucional que erosiona a nuestros Estados nación.

Asistimos entonces debilitados ante el proceso geopolítico global, relatado al principio.

Nuestras democracias siguen existiendo formalmente, pero funcionan cada vez peor y cada vez son más débiles ante los apetitos de las potencias.

Por ello, compañeras y compañeros, acompaño esta reflexión que quise compartir con ustedes, con una propuesta:

De cara a nuestra próxima Plenaria, hagamos lo pertinente para llevar a nuestras deliberaciones propuestas plurales de qué hacer.

Muchas gracias.